

GRANULOS

Por JOSÉ R. TEOTICO

Representante y Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes

No es oro todo lo que reluce, dice el adagio, y esto significa, que no siempre debemos dejarnos llevar de las apariencias, pues, en la mayoría de los casos, aun cuando aparezcan preciosas, no pasan de ser limpias por fuera y gusaneras por dentro. Y las gentes de hoy prefieren decorarse con la elegancia externa por más que muchas de ellas son de corazón impuro y de sentimientos innobles. Jesús, el Mesías de Belen, fustigó acerbamente a los fariseos, gente mercenaria, que si algo tenían de respetable era por lucir siempre una túnica limpia. Y ¿cómo los fariseos resistieron contra el Redentor? ¡Acusáronle, mancilláronle, crucificaronle, sin considerar, en lo más mínimo, su carácter de santo varón!

Sucede con muchos humanos lo que con los verdugos de Cristo. Se dan tal maña en el arte de mentir con la verdad que hasta se olvidan del sentido propio, como manifestó un pensador. Para los que así se conducen ya no existen las ideas, la austeridad es un acto pueril y la labor patriótica un pasatiempo digno de los grandes mercaderes. Cualquier chanchullo es objeto de explotación para acallar sus gustos y sus instintos de trogloditas. Y he aquí, porque precisa, de cuando en cuando, encarnar en ellos un verbo, un sentido, una realidad a fin de que d'jen de lanzarse por esos mundos de Dios como unos equidos desbocados.

Lo que se impone y hace falta es que no comjamos el rabano por las hojas. No basta combatir ni atacar. El gesto, la forma y la expresión cuando son naturales y oportunos producen siempre los anhelados fines deseables. Pero cuando tocan los líderes de la pantomima, es decir, faltos de responsabilidad y de sentido común—del sentido común sobre todo—mucho dudamo; que puedan lograr una finalidad constructiva. Con el nuevo procedimiento de exponer y censurar las cosas nunca sabremos lo bueno o lo malo que han hecho nuestros semejantes. Hay individuos que creen que todo cuanto hacen los demás es malo, injusto, condenable. Y con ese estilo de juzgar y prejuzgar, lo único práctico que se consigue es que vayamos todos condenados al infierno.

Ese tono atrabilirio y violento en que se incurre constantemente, no es mas que delación del fracaso en toda actuación colectiva—dígase religiosa, cultural, literaria, política, científica, pedagógica, etc. —Y como la conciencia del hombre frustrado, especialmente, cuando está consciente de su frustración, le mueve a la intemperancia, no hay manera alguna de llegar a una justa y lógica solución. En tal caso, mucho se asemeja a esos aficionados a quienes la adulación y el fingimiento les han elevado a la categoría de próceres. *Juzgan y creen entender de todo—dice un eminente ensayista—porque como no han consagrado esfuerzo ni disciplina a aquello porque sienten particular afición, consideran que de todo lo demás se puede saber cabalmente sin esfuerzo ni disciplina.* Y así fomentan el espíritu de anarquía. Anarquía mansa, pero, en definitiva, anarquía.

Es una verdad establecida que el espíritu de imitación es el espíritu a la moda. Pilatos se lavo las manos antes de condenar a Cristo, para dar a entender que la responsabilidad de su error debía gravitar sobre otro. Y eso, que Pilatos, analizando bien, poseía la convicción de que no debía condenar al justo. Muchos hombres de hoy, merced a su espíritu maligno, se atreven a juzgar mal de la conducta de los otros. Y cuando incurren en error proceden como Pilatos: lavándose las manos. Todo esto no muestra más que los que así obran se agitan en un ambiente de procacidad, de mordacismo y descaro, que hasta llegan a confundir los terminos y los métodos. Y cuando después quieren hacerse del desdén público se erigen en víctimas inoladas. Bonito subterfugio, al cabo, porque si no despierta simpatías, al menos inspira, lástima y compasión.

De todos es sabido aquel decir que de que el hombre más se ufana con lo que no posee. El hombre sin talento se vanagloria de estar dotado de la mejor lumbré intelectual, y el hombre sin dinero es el que más pródigo y espléndido se muestra. La prueba puede hallarse facilmente en todos cuantos apelan al aspaviento, al aplauso convencional, a la admiración bulliciosa. Y algo conseguiremos deducir de esta actitud: que ese mismo desprecio descarado a lo

que constituye la médula y el meollo de la vida honesta, sana y constructiva, se convierte en humillación y sonrojo para el que con su conducta hostil y displicente solo pretende sentar plaza de maestro consumado en su afán de establecer principios de buen gobierno, de buena crianza, de cordura y sensatez, de abnegación y decoro, sin dejar de ser lo que era antes: mero dómine, sin peso ni lastre, que todo cuanto sabe es flotar como el corcho, girar en volutas como el humo o seguir la inconstante volubilidad de la rosa de los vientos. Y como es obvio, esto no pasa de una incongruencia, si no de una irresponsabilidad...

El cabal conocimiento de la realidad y la convicción de la eficacia jamás deben descender al nivel de un murmullo callejero. La injuria nunca ha de ser repelida con la injuria; todo lo mas, con la calificación de la injuria. Y en esto estriba la diferencia. El derecho de censura que se permite en los gobiernos republicanos o democráticos, no implica el derecho de reproche ni menos el derecho al insulto. Los individuos, la sociedad, las instituciones, el gobierno mismo, son cosas que no deben ser objeto de ludibrio. Analícense sus defectos, sus errores, sus males; combátanse y corrijanse en buenhora; pero no por puro afán de demoler su prestantia o las bases sobre que se sustentan.

Bien aceptado es que el poder nunca es sufrido; primero porque no puede y segundo porque no debe. De consentirse la máxima cristiana, en estos tiempos anticristianos, de ofrecer la otra mejilla tan pronto como se reciba un bofetón en la una, el imperio del orden y de la ley no pasaria de ser un mito. Pero, si el momento psicológico es, verdaderamente propicio a cualquier género de excesos, no por eso nos olvidaremos de distinguir las realidades de los fantasmas, ni desconocer que a nuestra vera siempre debe estar la Etica, para inspirar nuestros actos y vigilar nuestros pasos.

Muy poco nos resta por añadir a lo antedicho. Cada cual, por tanto, debiera obrar no según su albedrio y voluntad, sino según los cánones más rigidos de los elevados principios humanos. Bienhaya que se expongan las cosas a la luz de la verdad, pero sin herir la vista ni ofender el decoro. *Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.* No que se deje de arrojar la piedra ni que al arrojarla se esconda la mano, sino que cuando alguien se decide a lanzar el pedrusco que, al menos, tenga la conciencia limpia y libre de los males que precisamente desea combatir.

La verdad jamás molesta ni ofende cuando se expone como debe ser. Pero cuando se diluye en la injuria no solo los de buen criterio sino hasta los idiotas de la calle la pueden tolerar. Que no se diga que la naturaleza atrabiliaria o el espíritu intemperante juegan a veces, papel no escaso en los que así se conducen, porque no todo ha de ser cuestión de gusto, sino que es cuestión de ética. Si Sofocles hizo que un rey propenso a la violencia y falta de ecuanimidad se arrancase los ojos por castigo, no vemos porque los que hoy apedrean, sin razón justa ni motivo grave, el honor y la dignidad ajenos, no han de hacer algo igual. Si imitan a Pilatos, ¿por qué no imitan asimismo al rey de la tragedia griega? Así su espíritu imitativo sería de perfección.

Siempre hemos creído que ese insano deseo de que la gente pierda la confianza en sus semejantes tiene un poso de mala fe. Eso de pintarles constantemente como a instigadores del crimen, fomentadores del vicio, corruptores de la moral, ostenta todos los matices de una obsesión patológica. Podria suceder que en casos esporádicos existan fundamentos de certeza; mas no siempre ni en todos. Para censurar hace falta conocer el arte, pues no basta meterse a censor cuando se desconocen las reglas de la censura. En la milicia misma, cuando se ignora la táctica el soldado o el militar de nada valen. Y eso que, según una expresión burlesca, la milicia es la carrera más fácil: *todo consiste en que cuando viene la bala que se aparte uno pues, de lo contrario, le aparta la bala.*

Bueno sería que cada cual se magnifique con una buena costra social si quiere verdaderamente alternar con gente culta y civilizada. De lo contrario pasaria como un salvaje de las selvas, sino como un ser que ha perdido la chaveta. Estamos en épocas en que la educación, la instrucción y la cultura humanas han adquirido un altísimo grado de desarrollo. Y el no saber como refrenar los malos instintos pone de resalto una falta de adoctrinamiento que desdice muy mucho de nuestra actual condición de progreso.

Mientras en Roma vivieres vive a la usanza de Roma, decía Ruiz de Alarcón. Y nosotros no hacemos más que transmitir a todos el consejo.

